

1 Corintios 3:10-11, 16-23

Sermón 1 Cor 3:10-11,16-23

Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo, como perito arquitecto, puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.” ... pero cada uno mire cómo sobreedifica. Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es. Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros cree ser sabio en este mundo, hágase ignorante y así llegará a ser verdaderamente sabio. La sabiduría de este mundo es insensatez ante Dios, como está escrito: «Él prende a los sabios en la astucia de ellos». Y otra vez: «El Señor conoce los pensamientos de los sabios, y sabe que son vanos». Así que, ninguno se gloríe en los hombres, porque todo es vuestro: sea Pablo, Apolos o Cefas, sea el mundo, la vida o la muerte, sea lo presente o lo por venir. Todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios. (1 Corintios 3.16–23)

En uno de sus libros más famosos, *La libertad cristiana*, Lutero expresó el siguiente tema paradójico: “El cristiano es libre señor de todas las cosas, y no está sujeto a nadie. El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos”. En parte, este tema se extrae de los versículos de nuestro texto de hoy. ¿Cómo debemos entender esa afirmación de que “el cristiano es libre señor de todas las cosas, y no está sujeto a nadie”? Pablo nos explicará en qué sentido somos libres señores de todas las cosas, pero también lo que significa que libremente nos ofrecemos para servir a los demás. Nuestro tema el día de hoy será: **Todo es vuestro**. I Todos los que han trabajado en el ministerio son dones de Dios para servir a ustedes. II. Por medio de ellos Dios construye su templo. III. Gloriarse en los hombres es rechazar la plenitud de los dones de Dios.

Pablo primero nos recuerda que todos los que han trabajado en el ministerio son dones de Dios para servir a ustedes. Uno de los problemas en Corinto fue la tentación de buscar prestigio propio por ligarse al nombre de un ministro en particular. Así tenemos a los que dicen: “Yo soy de Pablo, yo soy de Apolos, yo soy de Cefas o Pedro”. ¿Como si alguno de ellos tuviera el poder de

producir las bendiciones que sólo Dios produce por medio del evangelio!

Para combatir esa idea, al comienzo de este capítulo Pablo recuerda el verdadero papel de esos hombres. “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa, aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor, porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios” (1 Corintios 3.5–9). Lo importante no es lo que cada ministro individual haga, sino lo que Dios está haciendo en ellos por medio de cada uno de esos ministros. Cada ministro es sólo “servidor por medio del cual han creído, y eso según lo que a cada uno concedió el Señor”.

Ahora, en nuestro texto, Pablo expande sobre estos pensamientos, adoptando imágenes de la construcción de un edificio. “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo, como perito arquitecto, puse el fundamento, y otro edifica encima”. Pablo tuvo un papel importante como el predicador que fundó la congregación en Corinto. Pero no es algún mérito de Pablo. El hecho de que pudo poner el fundamento lo atribuye completamente a la gracia de Dios. Es un privilegio que Dios le ha dado que él ha podido predicar el evangelio en un lugar donde no se había escuchado antes y por medio de esa predicación Dios concedió fe a algunos de los oyentes. Pablo en su persona no tenía ningún poder para llevar a personas a la fe y producir la salvación. Eso se debía sólo al evangelio, el mensaje de la cruz de Cristo, esa sabiduría que es locura para los que se pierden, pero para los que se salvan es sabiduría y poder de Dios.

Pero se necesita más que un fundador para que una congregación cristiana llegue a ser lo que Dios desea. La gente que es traída a la fe necesita instrucción, alimentación continua con la palabra de Dios. Se tienen que ganar a nuevas personas. Así que Pablo también dice que “otro edifica encima”. En el griego se hace claro que, aunque hubo la actividad inicial de Pablo que terminó, esta otra obra es algo continuo. De hecho, continúa mientras haya una congregación. Es “otro” el que lo que hace. No importa quién sea. Pablo otra vez quiere desanimar

cualquier espíritu de partidismo. Lo importante es la actividad, y lo que Dios hace por medio de esa actividad, no quién la hace.

También Pablo da aquí una advertencia para todos, sea el que comienza una obra o quien la continúe. “Pero cada uno mire cómo sobreedifica. Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”. Hemos estado hablando de la sabiduría del mundo versus la sabiduría de Dios en las últimas semanas. Éste es otro recuerdo de que el mensaje de la cruz, Jesucristo y cómo él sufrió nuestro castigo en la cruz para que nosotros fuéramos salvos y perdonados y reconciliados con Dios, que el mundo considera una locura, realmente es el único mensaje tanto para fundar y para mantener una iglesia. Cuando una iglesia o un ministro abandona este mensaje para sustituir sus propias especulaciones, acción política, etc., etc., no está edificando la iglesia sino destruyéndola. Y Dios lo responsabilizará por esa destrucción, como veremos en lo que Pablo dice al continuar nuestro texto.

Vemos que la voluntad de Dios es edificar su iglesia por medio de todos los servidores de la palabra. La iglesia que la palabra forma y edifica es el templo de Dios, el lugar donde Dios mismo mora en la tierra. “Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es”. ¿Qué efecto ha tenido la predicación del evangelio? Ha llevado a la fe a miembros de la iglesia. Pero esto es algo que sólo el Espíritu de Dios puede hacer, y lo hace precisamente por el evangelio, por el mensaje de la cruz. Como dice Pablo en otra parte: “Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice de Jesús: «¡Sea anatema!», como tampoco nadie puede exclamar: «¡Jesús es el Señor!», sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12.3).

Cuando el Espíritu crea la fe, también habita en esa persona, y en la congregación de la cual la persona forma parte. Así que, cada persona que llega a creer es una parte del edificio que Dios está edificando, su santo templo, la habitación de Dios en la tierra. Este pueblo es “santo”, es decir, es apartado para Dios como su propia posesión y tesoro. Por eso la grave responsabilidad de cualquiera que destruyera ese templo. “Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él”.

¡Destruir el templo de Dios! No sólo sería una tragedia, es un sacrilegio, un acto cometido contra la santidad de Dios. Como tal no puede quedar sin castigo. Como la rebelión de Coré,

Datán y Abiram en el Antiguo Testamento, así los que, al apartarse del único evangelio que salva, destruyen el templo de Dios, tendrán que esperar el más terrible castigo.

Por eso Pablo advierte a todo ministro contra el peligro de formar una opinión demasiado alta de sí mismo que podría tentarlo a abandonar el mensaje de la cruz, la sabiduría de Dios. “Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros cree ser sabio en este mundo, hágase ignorante y así llegará a ser verdaderamente sabio. La sabiduría de este mundo es insensatez ante Dios, como está escrito: «Él prende a los sabios en la astucia de ellos». Y otra vez: «El Señor conoce los pensamientos de los sabios, y sabe que son vanos».” Si un líder quiere ser sabio ante el mundo, tener algún motivo de orgullo y jactancia, corre el peligro de ser necio ante Dios, rechazando la sabiduría de Dios que es tan ofensivo para las normas de este mundo. El resultado sería destruir el templo de Dios e incurrir en la pena por hacerlo.

Y los miembros de la congregación cristiana no deben poner su esperanza en los hombres, buscando una gloria reflejada al escoger el partido que parezca más prestigioso. Hacerlo sería ver todo desde la perspectiva equivocada. Más bien, Pablo les recuerda otra vez que todo es de ellos. “Así que, ninguno se gloríe en los hombres, porque todo es vuestro: sea Pablo, Apolos o Cefas, sea el mundo, la vida o la muerte, sea lo presente o lo por venir. Todo es vuestro”. ¡Qué necio sería rechazar a cualquiera de estos dones de Dios! Sin Pablo no habría una congregación cristiana. Sin Apolos no habría el progreso en conocimiento que había experimentado la congregación. Sin Cefas no tendrían ese valiente ejemplo de confesión clara de Cristo como el Hijo del Dios viviente, el Salvador del mundo. La vida aquí es la verdadera vida espiritual, un don de Dios que durará por toda la eternidad. Cuando por fe en el mensaje de la cruz tienen eso, aun la muerte sólo es la puerta de la vida eterna y tiene que servir para su bien. Todo es vuestro. Y todos nosotros somos de Cristo. Pablo, Apolos, Cefas reconocieron eso. Por eso estaban tan dispuestos sencillamente a dar todo para servir a los cristianos. Y cuando los cristianos en general reconocemos que somos todos de Cristo, también como Cristo se humilló y sirvió a nosotros, estaremos dispuestos a servir a los demás. No nos interesará obtener una supremacía sobre los demás. Diremos como Pablo: “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores”. Diremos nosotros también que sólo nos

interesa servir a los demás, como Cristo mismo sirvió a Dios y a nosotros procurando para nosotros la salvación. Que Dios nos dé esta perspectiva y este deseo. Amén.